

## Angel Rodríguez Campos, «Helénides de Salamina»

(1884 - 1956)

En el orden cultural, la actualidad más destacada de Extremadura la constituye la aparición de las obras de Angel Rodríguez Campos, maestro, erudito escritor, versado en el pensamiento clásico y hondo poeta. Las obras han sido publicadas por la Institución Cultural «El Brocense», de la diputación provincial. El suceso literario hay que registrarlo como merece.

A diez kilómetros de la capital de la Alta Extremadura y sobre llanura suavemente inclinada, se asienta Casar de Cáceres, pueblo que frisa los seis mil habitantes, extenso, amplio, despejado, con calles espaciosas, edificios de piedra granítica que lucen orgullosos escudos y blasones, que pregonan la importancia de la localidad en el pasado. Su hermoso templo parroquial, muy bien conservado, es de sillería granítica. Como nota curiosa, hemos de referirnos al «lagarto» que estuvo colgado al lado izquierdo, sobre la pila del agua bendita: un cocodrilo, muy bien conservado, que fue muerto por un hijo del pueblo en América, cuando el saurio le acometió. El animal, que podría ser un caimán, una vez disecado, fue ofrendado como exvoto a la iglesia en que el casareño había sido bautizado, como testimonio de la protección que en su lucha con la fiera le concedió el Cristo de la Peña, que se venera en una capilla contigua. Actualmente se encuentra en una pieza situada en el macizo de la torre.

Casar de Cáceres es un pueblo eminentemente agrícola y ganadero y su artesanía ocupó un puesto privilegiado por sus fábricas de curtidos y de tejidos de lana. Son muy elogiados sus finos pastos, que alimentan abundantes rebaños de ganado vacuno y lanar.

Tiene, además, Casar de Cáceres tradiciones y costumbres ancestrales, que por su rareza y peculiaridad merecen ser estudiadas y divulgadas.

La villa de Casar de Cáceres fue primero aldea de la ciudad de Cáceres; pero cuando se hallaba en Sepúlveda el rey Sancho IV, concedió a la población algunos privilegios con el fin de fomentar la cría de ganado. Con poste-

rioridad tuvo otras varias concesiones hasta que fue extendiéndose en la forma que ahora conserva.

En este escenario cacereño hizo su obra Angel Rodríguez Campos, más conocido por el sobrenombre de «Helénides de Salamina», a cuyo amoroso regazo se acogió para dar días de gloria y renombre al pueblo y a la región extremeña, con los frutos permanentes de su entrega al cumplimiento de su llamada vocacional, en cuya localidad vivió una vida noble, profunda, una existencia dedicada por entero a la creación literaria y filosófica, al estudio de las lenguas y literaturas clásicas, para realizar su destino personal y rendir después balance al supremo Hacedor. Hemos citado nada menos que a un estudioso del helenismo y de los clásicos, pero no hemos de olvidar que también era un eminente pedagogo y un inspirado poeta y escritor.

Angel Rodríguez Campos vino al mundo en la tierra charra, en Moga-rraz, aldea de la provincia de Salamanca, el día 28 de julio de 1884. A los nueve años de edad queda huérfano de padres y es ingresado en el Orfelinato de la ciudad de Salamanca. En esta institución descuellan como alumno inteligente y aplicado. De allí pasa a Madrid, al noviciado de los PP. Paúles y luego a distintos establecimientos de esta Orden en Tarjos (Burgos) y Andújar (Jaén). Los estudios eclesiásticos estuvo a punto de terminarlos, pues pensó en ser religioso, mas el conocimiento de las humanidades y del mundo helénico que adquirió en el cenobio le produjeron una lucha interior que le hizo ver de modo diáfano la pequeñez de su vocación, lo que le obligó a dejar el convento.

A los catorce años Rodríguez Campos componía versos latinos y castellanos con rara perfección. Desde tan temprana edad ya sentía una fuerte y poderosa llamada por el arte y el mundo clásico y devoraba con enorme fruición cuanto caía en sus manos, en especial obras helénicas literarias y filosóficas.

Su auténtica vocación estaba ahora decidida. El mundo griego le había entusiasmado y le fascinaba todo cuanto se refería a aquella antigua civilización. Toda la Grecia antigua y mitológica le había absorbido y eso lo llevaba dentro y fuera o sease, en su modo interior y hasta en su atuendo indumentario.

Rodríguez Campos se acabó de formar en la gloriosa Universidad de Salamanca, en la que fue discípulo de Miguel de Unamuno. Las enseñanzas de griego le sirvieron poderosamente al correr de su existencia al estudioso alumno, que incluso llegó a cartearse en aquella lengua con el famoso rector salmantino. A la vez concluía sus estudios de Magisterio en la Escuela Normal, y una vez terminada la carrera, tomó posesión de la escuela de Casar de Cáceres el día 23 de abril de 1913, que regentó en la villa por un lapso de cuarenta y un años.

Su magisterio ha sido ejemplar. Puede afirmarse que quemó su vida en el holocausto del cumplimiento de la más grata de las misiones: la educación de la niñez, lo que él llamaba «mi dulce profesión con el mundo esplendoroso de los niños» y su entrega apasionada a las letras. Además de sus enseñanzas, inculcó también en sus alumnos el amor hacia la naturaleza, idea muy difundida por la Institución Libre de Enseñanza y que ahora es norte y guía de todos los grupos ecológicos, cualesquiera sea su país y denominación.

En el magisterio cosechó no pocos triunfos, y lo que más vale: el respeto, aprecio y gratitud de las generaciones de hombres que moldeó en el augusto templo de la escuela.

En cuanto a su tarea de escritor, expongamos que la literatura enriqueció el acervo de Angel Rodríguez Campos, un poeta genial, no diremos castellano-extremeño, sino universal.

Pero, a pesar de su obra escrita, la ilusión de alumbrar un poema heroico castellano de primer orden, similar a la «Iliada» la «Odisea» y la «Eneida», le atormentaba. Había nacido para crearlo y viviría para ello. Una brillante inteligencia —auxiliada por una memoria prodigiosa— haría el milagro de una inspiración poética fértil, fecunda. Como su preparación humanística era completa, cabía la posibilidad de que se produjera el milagro, y se obró, pues a él se debe, entre otras obras de importancia, el gran poema épico titulado «El Panhelenio», que consta de veinte libros y casi 21.000 versos. «Helénides de Salamina» escribe antes de empezar cada canto unas breves notas en las que resume el contenido de cada episodio.

Antonio Viudas Camarasa, profesor universitario, estima que «Tanto por su estética formal, como por su estética de contenido, *El Panhelenio* se sitúa dentro de la corriente del modernismo literario», aunque en lo referente a la estética del contenido, opina que «el mundo greco-latino es un tema que aparece en la literatura española en casi todas las épocas de su historia, aunque se intensifica su presencia durante el período renacentista». En este caso, Helénides de Salamina no canta asuntos aislados de la mitología, sino que recrea ese mundo clásico y lo enlaza con la España del siglo XX, como acierta a decir el profesor Viudas Camarasa <sup>1</sup>.

1 No necesita «Helénides de Salamina» de lisonjas como epitafio:

Genio de heleno hogar	que de sus blancas sandalias,
vapor de nubes vertía;	alzando rosas y dalias,
y hasta creo se veía	un polvo de oro esparcía.

Nadie con más autoridad que el propio autor de *El Panhelenio* para narrar el argumento de su poema: «Mi obra arranca en la “Iliada” y es el relato de las hazañas de Teucro, hijo del rey de Salamina, Telemón, y hermano del héroe Ajax, que pelea con Ulises por las armas de Aquiles y al no obtenerlas se suicida. Al concluir la guerra de Troya, Teucro vuelve a Salamina, pero se le rechaza y se le detiene por no haber vencido a Ajax. Acude a refugiarse a Sidón, cuyo rey, Belo, lo envía a Chipre al frente de una colonia fenicia, y en esta isla funda, en memoria de la patria perdida, la ciudad de Salamina. Al enterarse de la muerte de su padre va a reclamar el trono, que ya ocupaba Eurisaces, hijo de Ajax. Rechazado de nuevo, según la tradición conservada por Togo Pompeyo en las *Abreviaciones* de Justiniano, parte para el desconocido occidente y llega a Iberia, donde funda Teucría, hoy Cartagena, y después Salamanca».

Escrito en incomparables tercetos endecasílabos, «El Panhelenio» está integrado por veinte cantos —ya lo hemos dicho— con un breve argumento en castellano. Tiene prólogo de carácter biográfico del autor y una introducción de «Helenides», en la que comenta su obra.

Menéndez Pelayo se mostró sorprendido al conocer la obra y personalidad del educador y vate *Helénides de Salamina*. Este, en uno de sus poemas entona un canto a la túnica que usaba por vestidura:

¡Oh, noble vestimenta, la primera  
Que concibió el heleno en donosura;  
Paño inconsutil, hecho sin costura,  
Donde no entró ni aguja ni tijera!  
Préndete de oro fíbula en la hombrera  
Sujetando tus bordes en la altura,  
Y al no admitir de mangas la estrechura,  
Desnudo el fuerte brazo sale fuera.  
De tus serenos pliegues la caída,  
Civilizó del mundo los albores,  
Que esperaron sentados tu venida.  
Vistiéronse del orbe los señores  
Y lo llenaron todo; tú eres vida  
¡Oh, ropaje de eternos resplandores!

Angel Rodríguez Campos cuidaba solícitamente sus flores. Comía en un *triclinio* y alternaba las clases a la infancia con el cultivo de la poesía. ¡Qué nobles y bellos ejercicios!

Miguel de Unamuno, que conocía el «Panhelenio», lo consideraba como

uno de los mejores poemas épicos modernos, comparable al «Os Lusíadas», de Camoens.

El polígrafo extremeño Antonio Rodríguez-Moñino, con motivo de la Asamblea de Estudios extremeños y de la presencia en la misma de *Helénides de Salamina*, lo enjuició así: «Persona intachable en su vida pública y privada, de amplísima cultura clásica, henchida de esencias y con un prodigioso dominio del idioma castellano —ha escrito tercetos tan bellos que pueden figurar al lado de los buenos del Siglo de Oro— “Helénides de Salamina” merece que su obra se edite y se conozca, para regalo de los buenos paladares literarios».

El catedrático y ensayista extremeño de Granja de Torrehermosa, Francisco Elías de Tejada y Spinola, le dedicó un artículo titulado «Paso al genio», del que entresacamos estas frases: «Sepan cuantos hoy deshojan versos sin medida, en alegre dionisiaca de la poesía modernista, que en Casar de Cáceres hay un gran poeta, hay un hombre genial y extravagante, único ejemplar de nuestro quijotismo literario, que vive y escribe como los grandes clásicos».

Angel Rodríguez Campos, más conocido por «Helénides de Salamina», vistió durante toda su vida de griego clásico, fue famoso en su época por dicha circunstancia más que por sus valores literarios, y su fotografía y su sentido vital fueron publicados muchas veces en revistas nacionales y extranjeras.

En ciertos círculos intelectualoides de España era tenido por un loco o un payaso. Se cuenta una anécdota curiosa, ilustrativa de quién era Angel Rodríguez y cómo era considerado:

En unas jornadas literarias celebradas en Cáceres en mayo de 1955, a la que asistían más de ochenta intelectuales y escritores de primera fila de la época —entre los que figuraban César González-Ruano, Ignacio Aldecoa, Juan Antonio Cabezas, Jaime Campmany, Pedro de Lorenzo, Zunzunegui...», fue invitado «Helénidas de Salamina» a pronunciar una conferencia. Los ilustres asistentes, más que como una aportación cultural, estimaron que «Helénidas de Salamina» daría sólo la nota graciosa y extravagante a las jornadas. Todos hacían chistes fáciles sobre él, todos desconocían su obra, sólo sabían que se había carteaado en griego con Unamuno, pero aseguraban los más que al maestrillo loco, como a Don Quijote, se le había secado el seso.

Al hacer aparición en el estrado nuestro personaje, muchos de los asistentes al acto no pudieron contener las risas. Pero él, imperturbable, con voz perfectamente articulada y clara, hizo callar a los estúpidos rientes. La profundidad y solidez de cuanto salía de su boca enmudeció a la asamblea. Explicó

por qué se había apartado del mundo y vestido la clámide, su «Panhelenio», su concepción del mundo.

Al concluir, un periodista le preguntó a César González-Ruano, uno de los más reticentes en valorar al conferenciante, que qué le había parecido el personaje y su discurso, y acabó por confesar que «los payasos éramos los que le escuchábamos», porque «es un sabio de cuerpo entero al que hay que perdonarle que vista como quiera».

Pero la obra de «Helénides de Salamina» no se agota en *El Panhelenio*, pues a él se deben también nueve libros de odas latinas, poemas arateos, cuatro libros de versos latinos con su traducción al castellano, donde canta las bellezas de los mundos celestiales; siete libros en castellano de distinta poesía, más cincuenta sonetos en castellano.

La vida de «Helénides de Salamina» en Casar de Cáceres ha sido entero recoleta. Hombre austero por excelencia, se dedicaba a la educación esmerada de sus amados discípulos ya a meditar y escribir sus poemas.

El curso de 1953-54 fue el último en que actuó profesionalmente don Angel Rodríguez Campos como director del grupo escolar. Por imperativo de la Ley, se le otorgó la jubilación, entregándose entonces exclusivamente al pensamiento, a sus «diálogos filosóficos». No hay que olvidar que la nota más característica de «Helénides» es su extraordinaria cultura filosófica y literaria y el juicio sereno que sobre estas disciplinas, helénica y latina, expuso en sus trabajos.

Mas poco tiempo podría disfrutar del merecido descanso y consagración a sus diálogos. Pese a ser hombre fuerte, su robusta naturaleza se desmoronó, se vino abajo pronto. Rodeado del respeto y admiración de sus discípulos y convecinos y luego de dejar una obra ingente, que no vio publicada (su íntima ilusión consistía en anotar su poema), «Helénides de Salamina» que desde el día 15 de enero de 1956 había vivido en casa de su discípulo predilecto, Angel Jiménez Sánchez, falleció en la paz del Señor el día 26 de agosto de 1956, y su cuerpo descansa en Casar de Cáceres, donde vivió y realizó su ingente obra.

La muerte de este hombre ejemplar y excepcional causó hondo sentimiento en toda Extremadura, en la provincia de Cáceres y sobre todo en su laboriosa población, a la que estuvo vinculado durante cuarenta y tres años.

Angel Rodríguez Campos, «Helénides de Salamina», hombre de vasta cultura, devoto de Clío, el enamorado de las normas de vida de la antigua Grecia, que practicó las mismas virtudes del siglo de Pericles, que cultivó plantas de su jardín, que educó la infancia y compuso versos exquisitos, desapareció en

el año centenario del gigante de la Montaña, que tanto le alentara en sus comienzos y cuando en el mundo imperaba ya la era atómica.

## BIBLIOGRAFIA

- Chamorro, Víctor.—'Historia de Extremadura. De Pericles a la Escuela Asamblearia'. VII Esperanza. De 1970 a 1984.
- «Fernando».—'Ventana a la ciudad. El maestro loco del Casar'. Diario «Hoy», edición de Cáceres, número correspondiente al día 10 de diciembre de 1985. El seudónimo «Fernando» corresponde al periodista y redactor del diario Fernando García Morales.
- Gutiérrez Macías, Valeriano.—'Visión de la Alta Extremadura', ensayo inédito sobre la provincia de Cáceres.
- Redacción de «Hoy».—Información publicada en el diario «Hoy». Badajoz, 10 de diciembre de 1985.
- Rodríguez Campos, Angel «Helénides de Salamina».—'El Panhelenio'. Introducción e índice onomástico. César Chaparro y Luis Merino. Universidad de Extremadura. Cáceres. Institución Cultural El Brocense. 1988.
- Rodríguez Campos, Angel.—'Helénides de Salamina'. Cáceres 1988.
- Viudas Camarasa, Antonio.—'Historia sobre «El Panhelenio» de Helénides de Salamina'. Diario «Extremadura». Cáceres, 1 de abril de 1987.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS  
Académico C. de la Real de la Historia